El trineo Sagrado



Un viaje en el tiempo

José Ignacio Perera

Vision Libros

José Ignacio Perera Gálvez



Nenet
Trineo sagrado

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2015 Nenet. Trineo Sagrado
© José Ignacio Perera Gálvez
© 2015 Editorial: Vision Libros
C./ San Ildefonso nº 17, Local, 28012 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com
Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-16284-48-1

Fotografías: José Ignacio Perera Gálvez

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Disponible en papel y ebook
www.visionnet-libros.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripcion@visionnet.es

Prefacio

Pero se queda en mi memoria: vamos en trineos por la inmensa extensión blanca, gritos de los arrieros, una manada de renos a nuestro lado, la compasión física de cómo deben renquear los terneros recién nacidos de sus madres, llovizna pérfida en aquella ruta milenaria...

Vladímir Kardaíl

Capítulo 1
Majestuoso Orinoco

La tarde estaba calurosa, las aguas del río se mantenían en completa calma, como un espejo oscuro que al paso de nuestro bongo, al navegar río arriba, cuarteaba en infinitas ondas que descomponían el reflejo de los vivos colores del atardecer. Mientras mojaba un pedazo de casabe en aquellas aguas y lo metía en mi boca, observaba absorto el inigualable espectáculo del Orinoco en esta parte del río, la más ancha, donde la vista no alcanza a ver las dos orillas.

El río Orinoco, el tercero más caudaloso del planeta, con una longitud aproximada de 2.000 km y una cuenca de cerca de 1.000.000 km2, nace en el extremo sudeste del Estado Amazonas y su curso se desplaza primero hacia el Norte, para luego girar por completo al Este hasta desembocar en el Océano Atlántico, luego de formar un delta compuesto por más de 300 canales en el territorio Delta Amacuro.

La majestuosidad del Orinoco en ruta hacia sus cabeceras, acompañado por dos yekuanas en un bongo cargado de provisiones y 500 litros de gasoil, me hizo evocar el gigantesco esfuerzo que representó la expedición franco- venezolana al mando del entonces Mayor Franz Rísquez Iribarren, la primera en llegar, el 27 de diciembre de 1951, a las tan buscadas fuentes de nuestro gran río. Entre otros miembros prominentes de esta expedición estuvieron: J.M. Cruxent, Dr. Luis Carbonell, León Croizat, Marck de Civrieux, Félix Cardona Puig, Dr. Pablo J. Auduze y otros.

Los impetuosos rápidos de Atures y Maipures, sobrecogedores por la furia que despliega el gran volumen de sus aguas y el sonido atronador que producen a su paso por el lecho sembrado de enormes rocas de las más diversas formas, interrumpen la libre navegación, siendo necesario sortearlos por vía terrestre a lo largo de 100 km al Sur entre la capital, Puerto Ayacucho, y Samariapo, puerto y lugar para continuar la navegación y donde se expide el zarpe de cualquier embarcación que se disponga a transportar personas, combustible, víveres, materiales de construcción, etc., hacia el Alto Orinoco. El transporte fluvial es imprescindible para los habitantes de

estas remotas regiones, pues la mayoría de estas comunidades indígenas no posee ni aeropuertos ni carreteras que las conecten con la civilización.

Nos proponíamos navegar una distancia de, aproximadamente, 800km desde Samariapo hasta Platanal, en el Alto Orinoco, último punto navegable.

Hicimos todos los trámites con la Guardia Nacional para que nos diesen el zarpe. El yekuana Antonio y su hijo cargaron dos tambores de combustible, pertrechos y varias cajas con víveres, parte de los cuales dejaríamos en la comunidad de Tama-Tama; favor que nos pidió el general que nos otorgó el salvoconducto para seguir hasta platanal,

Al mediodía partimos hacia un mundo desconocido para mí. El bongo navegaba a una velocidad constante. Todo a mi alrededor tenía un brillo especial. Después de varias horas de navegación, dejamos en la margen derecha San Fernando de Atabapo, llamada, antes de la llegada de los españoles, Maracoa. Sobre este asentamiento indígena, Francisco Solano, hacia el año 1756, fundó San Fernando de Atabapo, que siglos después, bajo la presidencia del General Joaquín Crespo, pasaría a ser la capital del territorio federal Amazonas.

El tiempo pasaba lentamente, antes de que la noche cerrada nos envolviera, decidimos atracar en una de las pequeñas playas que deja el río y, al apagar el motor después de tantas horas de viaje, el espacio se llenó de una "reposante" mezcla de silencio y vacío. Con luz todavía, nos dispusimos a cenar un exquisito pavón ahumado con casabe grueso piaróa, y por supuesto, no podían faltar al festín los jodedores puripuri, unos simúlidos hematófagos insignificantes, pero con unas mandíbulas atenazadoras y que, al final, acabaron siendo parte del paisaje. Colgamos nuestros chinchorros con sus mosquiteros bajo un hermoso cielo estrellado que contemplé desde mi confortable refugio hasta que el sueño me venció.

A la mañana siguiente, con la luz del alba, el hijo de Antonio me ofreció un café negro bien cerrero mientras preparaba unas arepas fritas con un hueco en el centro, rellenas de "diablito", nuestro preciado paté nacional. Estaban muy buenas. Antonio revisaba el motor fueraborda, preparando todo para continuar la travesía.



Navegación por un espejo hacia Tama-Tama, Alto Orinoco.

Partimos con el sol despuntando, la temperatura estaba muy agradable, la jornada prevista era llegar, según me dijo Antonio, a Tama-Tama, en la confluencia del Orinoco con el Brazo Casiquiare, ese singular canal natural que conecta las cuencas del Orinoco y del Amazonas. Al atardecer divisamos el imponente perfil del Duida-Marahuaca, la montaña sagrada cargada de leyendas y fiel guardiana de la comunidad de La Esmeralda. Con sus 2700 metros de altura, el Duida-Marahuaca, compuesto por roca arenisca y descrita por Alexander von Humboldt en su obra Viaje a las Regiones Equinocciales, forma parte de la formación Roraima del Escudo de Guayana. Estamos cerca de Tama-Tama, en unas cuatro horas entraremos en el Alto Orinoco.

El paisaje que pasaba delante de mis ojos era exuberante, lleno de vida, de fuerza; las aguas, como un inmenso espejo, reflejaban al revés el paisaje de las orillas. Aquella diversidad me hizo pensar en la condición privilegiada de Venezuela con su riqueza fluvial y paisajes únicos.

Solamente después de varios días de navegación, las proporciones del río comenzaron a disminuir y sus orillas a acercarse entre ellas.

Con mi mente en blanco ante tanta belleza, un brusco viraje me hizo volver a la realidad, nos dirigíamos a la orilla para amarrar el bongo en cualquier árbol de aquella espesa selva para trasegar combustible. Era mediodía y aprovechamos para comer un poco de queso blanco con casabe y continuar la navegación.

Pasaron las horas y, sin darme cuenta, entró la noche con espesos nubarrones cargados de lluvia. Pasamos una ancha curva que describía el río y, en el horizonte, a mano derecha, pudimos ver las pálidas luces de Tama-Tama.



Abanico de colores al atardecer en el majestuoso Orinoco.